

# *Ciudades e intelectuales:* los “neoyorquinos” de *Partisan Review* y los “paulistas” de *Clima* entre 1930 y 1950\*

Heloisa Pontes

Unicamp (Universidad Estadual de Campinas)

En este artículo pretendo explorar las intersecciones entre espacio urbano, instituciones académicas, organizaciones culturales y formas de sociabilidad, por un lado, y sus influencias en la configuración de distintas generaciones de intelectuales, por otro. Sobre la base de los trabajos de Mary Gluck acerca de la generación de Lukács en Budapest, de Clark sobre París y la pintura de la “vida moderna”, de Schorske sobre el modernismo en Viena, de Raymond Williams sobre el grupo Bloomsbury, de Thomas Bender sobre Nueva York y sus intelectuales y de Maria Arminda Arruda do Nascimento acerca de la relación entre sociedad y cultura en San Pablo, intento abordar, desde una perspectiva comparativa, las similitudes y las diferencias entre los intelectuales “paulistas” de la revista *Clima* (editada entre 1941 y 1944) y los “neoyorquinos” agrupados en torno de la *Partisan Review* (lanzada en 1937).<sup>1</sup> Delineados los términos y

el contenido sustantivo de la comparación propuesta, el artículo concluye con un intento, aún de carácter exploratorio, de pensar ese círculo de intelectuales norteamericanos a la luz del modelo teórico construido por Elias para analizar las dimensiones estructurales recurrentes en la configuración “establecidos-*outsiders*”.

Los editores de *Partisan Review* (Philip Rahv, William Phillips, Dwight Macdonald, Clement Greenberg, Mary McCarthy; más tarde, Delmore Schwartz y William Barrett) y sus colaboradores (Alfred Kazin, Lionel Trilling, Diana Trilling, Irving Howe, Elizabeth Hardwick, Hannah Arendt, Nicola Chiaromonte, Sidney Hook, Edmund Wilson, Meyer Schapiro, entre otros) renovaron el debate sobre la relación entre modernismo en las artes y radicalismo en la política. Antiestalinistas fervientes, marxistas en sus comienzos, alineados en el campo político de la izquierda norteamericana, fueron poco a poco migrando desde el polo más radical, representado por los trotskistas, hacia el campo de los liberales demócratas y los conservadores.<sup>2</sup> Herederos

\* Este artículo es parte de una investigación más amplia desarrollada en las bibliotecas y los archivos de la Universidad de Stanford, en los Estados Unidos, durante el segundo semestre de 2001, gracias a una beca de posdoctorado que recibí del CNPq [Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico]. Agradezco a Adrián Gorelik la oportunidad de presentarlo en el seminario. Traducción: Ada Solari.

<sup>1</sup> Sobre los trabajos mencionados, cf. Maria Arminda do Nascimento Arruda (2001); Thomas Bender (1986);

T. J. Clark (1986); Mary Gluck (1985); Carl Schorske (1988); Raymond Williams (1982).

<sup>2</sup> Las revistas culturales más importantes de Nueva York entre las décadas de 1940 y 1950 son una de las fuentes privilegiadas para la comprensión de las sucesi-

del legado modernista, familiarizados con el cosmopolitismo en el plano de la cultura, atentos a la producción intelectual y artística local, ellos marcaron la escena cultural neoyorquina de las décadas de 1930, 1940 y 1950, y contribuyeron decisivamente a la valorización, con nuevas claves, de la cultura norteamericana. Como intelectuales “generalistas”, pertenecían a una generación para la cual la literatura había sido su centro de formación. Como críticos de la cultura, autores de reseñas y polemistas, hicieron del ensayo el medio por excelencia de expresión y encontraron en las revistas literarias y políticas su foro institucional de divulgación. Como integrantes de un círculo predominantemente literario, no se restringieron a sus áreas de especialización, diferenciándose, así, de los académicos en sentido estricto. Nacidos en los Estados Unidos y provenientes, en su mayoría, de familias pobres de judíos inmigrantes llegados de Europa Oriental, estos intelectuales adquirieron reconocimiento a contramano de la experiencia de los padres, gracias a su desempeño brillante en las escuelas públicas y, posteriormente, en los centros de enseñanza superior de Nueva York.

En ese encuentro entre los hijos talentosos de la segunda generación de inmigrantes judíos, destituidos de capital social y económico, y algunos jóvenes norteamericanos pro-

misorios, provenientes de familias blancas, protestantes y adineradas, en una coyuntura efervescente de radicalismo político y depresión económica, y en medio de una ciudad en intensa transformación, como Nueva York, se constituyó una de las más inquietantes y sugestivas generaciones de intelectuales norteamericanos.<sup>3</sup> Entre los judíos de este círculo, que habían llegado a la edad adulta a fines de la década de 1920 o comienzos de la de 1930, se encuentran: Philip Rahv (1908-1973), William Phillips (1907-), Clement Greenberg (1909-1994), Lionel Trilling (1905-1975), Diana Trilling (1905-), Meyer Schapiro (1905-1996), Sidney Hook (1902-1989). Se incluyen también los nacidos en la década de 1910 y que llegaron a la madurez a fines de la de 1930, como Lionel Abel (1910), Alfred Kazin (1915-), Delmore Schwartz (1913-1966), Daniel Bell (1919-), y otros más jóvenes, nacidos en la década de 1920, como Irving Howe (1920-1993) y Nathan Glazer, entre otros. A ellos se unieron los no judíos, Frederick Dupee (1904-1979), William Barrett (1913-), Dwight Macdonald (1906-), Mary McCarthy (1912-1989) —como editores de *Partisan Review*—, y colaboradores como Edmund Wilson (1895-1972) y Elizabeth Hardwick (1916-), entre otros. Con excepción de Barrett, el resto pertenecía a familias norteamericanas prósperas y protestantes. Por último, cabe mencionar a los europeos refugiados que llegaron a los Estados Unidos al comienzo de la Segunda Guerra y se integraron al círculo: Nicola Chiaromonte y Hannah Arendt (1906-1975), también de origen judío, con la diferencia de que

---

vas transformaciones en las posiciones políticas de estos intelectuales. En ese ámbito, se destacan: *Partisan Review*, creada en 1937; *Politics* (1944-1949), editada por Dwight Macdonald, que en 1943 dejó el consejo editorial de *Partisan* junto con Clement Greenberg; *Commentary*, fundada en 1945, editada por Eliot Cohen (hasta su suicidio en 1959) y después por Norman Podhoretz, contaba entre sus colaboradores con el núcleo de la “intelligentsia” norteamericana judía; *Dissent*, lanzada por Irving Howe y Lewis Coser, en 1950. En el campo cultural de la época, atravesado por una serie de diferencias de orden político, mientras que *Partisan Review* va paulatinamente ocupando una posición de centro, *Politics* y *Dissent* se sitúan más a la izquierda y *Commentary* se mantiene más a la derecha.

<sup>3</sup> Para un conocimiento pormenorizado de los intelectuales de Nueva York y del contexto cultural y político en el que estaban insertos, cf. los libros de James Gilbert (1992); Alexander Bloom (1986); Terry Cooney (1986); Alan Wald (1987); Neil Jumonville (1991); David Laskin (2000); Claudia Pierpont (2001), y los trabajos del historiador de la cultura Thomas Bender (1987, 1993 y 1994, compilado junto con Schorske).

sus padres eran judíos alemanes, educados y de clase media alta.

Hasta la década de 1920, los intelectuales y escritores norteamericanos tenían a Europa como ruta obligatoria y referencia fundamental, sintiéndose a menudo como “desterrados en su propia tierra” (para usar una célebre frase de Sérgio Buarque de Holanda, que se aplica tanto a la intelectualidad brasileña como a la norteamericana de la época). Pero a partir de 1930, con la Depresión, y de 1940, con la entrada de los Estados Unidos en la guerra y su progresiva hegemonía económica y política, a lo que se sumaba la consolidación de su cultura académica y de sus instituciones culturales, se observa una reorientación de la intelectualidad local respecto de sus congéneres europeos. París había dejado de ser la capital cultural del mundo. Nueva York, con sus nuevos movimientos artísticos, sobre todo con el arte abstracto, sus críticos de arte, sus museos y sus poderosos mecenas, se convierte en el nuevo polo de atracción mundial. Para ello contribuyeron no sólo las instituciones locales, respaldadas por sus élites dirigentes, sino también los nuevos círculos de intelectuales, entre ellos los intelectuales neoyorquinos ligados a *Partisan Review*.

Parecidos y distintos de los “paulistas” de *Clima*, ellos ofrecen un buen contrapunto para una sociología de la vida intelectual. Sobre todo si, además de recuperar la especificidad de las historias culturales e intelectuales de las ciudades de Nueva York y San Pablo, somos capaces de avanzar en la investigación de un conjunto de problemas sociológicos pertinentes para tornar más densa la perspectiva comparativa. Entre éstos: la relación entre origen social (y étnico, en el caso norteamericano), transformaciones en la estructura social y en el campo cultural de las respectivas ciudades y sus implicaciones en las trayectorias de los integrantes más significativos de esos grupos; el lugar del ensayo en la

configuración de la identidad cultural de los grupos; las relaciones (y tensiones) de estos intelectuales con la cultura académica y política de la época; el impacto y la influencia que recibieron de los intelectuales y artistas europeos, de manera directa o indirecta, ya sea en razón de la importancia que los últimos tuvieron en la construcción de instituciones universitarias (como la Facultad de Filosofía de la Universidad de San Pablo y la New School for Social Research de Nueva York), sea por la repercusión de su presencia en la escena cultural e intelectual de las respectivas ciudades, donde se habían refugiado antes o durante la Segunda Guerra a causa de persecuciones políticas y étnicas. Además de estas dimensiones, otra que parece importante para el análisis de estos círculos de intelectuales, de sus experiencias sociales y del tipo de sociabilidad practicada entre ellos, se refiere a las inflexiones de género en la configuración de los grupos.

Comienzo entonces por la última cuestión, la relativa a la posición de las mujeres en la división del trabajo y en el universo de sociabilidad de estos círculos de intelectuales. Pero en lugar de construir de entrada un argumento analítico, voy a hacer lo que todo antropólogo, por oficio o por vocación, practica diariamente en su *métier*: contar casos, prestando atención a las dimensiones menos obvias de la interacción social, como medio de aprehender la dinámica vívida y tumultuosa de la vida social.

### **Sociabilidad, posición de las mujeres y división del trabajo intelectual**

Nueva York, fines de 1930. Una mañana de domingo, cinco jóvenes –cuatro varones y una mujer– se dirigen a un encuentro que será decisivo en la vida de todos ellos. William Phillips, Philip Rahv, Dwight Macdonald, Fred Dupee y Mary McCarthy se preparan

para almorzar con uno de los más renombrados críticos literarios de la época, Edmund Wilson, de quien esperan el apoyo necesario para la consolidación de la revista que estaban lanzando. Querían el sello de su nombre propio, un bien simbólico de los más preciados en los campos de producción cultural e intelectual, como mostró Bourdieu, capaz de producir por sí solo una curiosa “contaminación de prestigio” para todo y todos los que gravitan a su alrededor. “Gloria en préstamo”, diría otro agudo analista de la vida en sociedad, en este caso, nuestro escritor Machado de Assis.

Los jóvenes de Nueva York lo sabían por su conocimiento directo de la escena intelectual de la época e, indirectamente, por la experiencia social que había configurado sus propias trayectorias. Dos de ellos eran judíos y el resto provenía de familias de clase media alta, y estaban unidos por el proyecto común de editar una revista cultural, *Partisan Review*, comprometida en uno de los pocos y precisos momentos de radicalismo político que ganó al sector más activo y significativo de la intelectualidad neoyorquina de la época. Adeptos al marxismo, críticos férreos del estalinismo, gravitando en un caldo cultural que unía el cosmopolitismo en el plano de la cultura con el radicalismo en la política, estaban cerca del trotskismo y eran admiradores entusiastas de Trotsky. En disputa abierta con los comunistas y con el Partido, necesitaban el aval de nombres de peso, como el de Edmund Wilson, para escalar posiciones más sólidas y garantizar mayor visibilidad para la revista que estaban en vías de lanzar.

Todos estaban ansiosos ante el encuentro, preocupados por causar una buena impresión en el invitado, pero sólo uno se vistió de modo ligeramente inadecuado para la ocasión. Tal fue el caso de Mary McCarthy que, en lugar de adoptar el estilo “nerviosamente displicente” de los jóvenes, exageró en la elección de la ropa y se presentó elegante, con un

vestido negro de seda, más apropiado para una fiesta de casamiento que para un encuentro de negocios promovido en la oficina de una revista radical. De allí partieron todos hacia un restaurante en Union Square.

Los jóvenes estaban en la franja de los 20 años y Edmund Wilson en la edad adulta. La única mujer del grupo en aquella ocasión, Mary, no fue particularmente notada por Wilson, que conversó sobre todo con Dwight Macdonald y Fred Dupee. Con excepción de Dwight —el de “mejor familia” del grupo—, todos los otros estaban nerviosos, se sentían con la lengua presa y aguardaban con ansiedad al camarero para pedir los tragos. Menos Edmund Wilson, que con un gesto irritado declinó la oferta. Ellos entendieron rápidamente el mensaje e hicieron lo mismo, de modo que el almuerzo, “seco”, se desarrolló con menos soltura de la que hubiesen deseado y se centró en torno de las propuestas programáticas de *Partisan Review*, del antiestalinismo convencido de sus editores y de los números que estaban preparando para dar continuidad al lanzamiento, en 1937, de la revista. Wilson estuvo de acuerdo en que deberían intentar conseguir una colaboración firmada de Trotsky.<sup>4</sup> A continuación hablaron de la obra que Edmund Wilson estaba escribiendo sobre el marxismo en conexión con la Revolución Rusa. El libro, *Rumbo a la estación Finlandia*, sólo sería publicado en 1940. Antes de eso, Wilson colaboraría con la revista y causaría una revolución en la vida de algunos de sus editores.

Pero no en este almuerzo, que corrió dentro de lo previsible, sino en el encuentro siguiente que Wilson tendría con Mary McCarthy, la crítica de teatro regular de la revista, que a los 25 años, divorciada de su

<sup>4</sup> Lo que en efecto ocurrió en 1938, cuando Trotsky escribió el artículo “Art and politics” para el número de agosto-septiembre de la revista.

primer marido, el actor Johnsrud, estaba viviendo con Philip Rahv, el único inmigrante del grupo. Rahv había llegado a los Estados Unidos en 1922, solo y con 14 años de edad, para ir a vivir con su hermano mayor en Oregon, mientras que el resto de su familia permanecía en Palestina, tras un pasaje por Austria, motivado por el pogrom del que fuera víctima en 1917. Autodidacta, no había completado el segundo grado e hizo toda su formación como lector empedernido en las bibliotecas públicas norteamericanas. En 1932, se mudó a Nueva York, entró en contacto con los comunistas, ingresó al Partido y dos años después, junto con su amigo William Phillips, lanzó el embrión de *Partisan Review*, patrocinada por el John Reed Club. El proyecto tuvo lugar en medio de los procesos de Moscú conducidos por Stalin. Estos procesos, sumados a la visión de los comunistas norteamericanos sobre el lugar de la cultura y su función dependiente de objetivos políticos, motivaron la ruptura de Phillips y Rahv con el Partido. El nombre de la revista, sin embargo, quedó como propiedad intelectual de ellos y fue reutilizado en el lanzamiento de la nueva *Partisan Review* en 1937.

El más politizado del grupo, Rahv, parecía, en aquella ocasión, sentirse particularmente incómodo ante la invitación que Mary había recibido de parte de Wilson para un segundo encuentro que lo excluía tanto a él como a los demás jóvenes de la revista. Ellos, al mismo tiempo en que insistían para que fuese, estaban temerosos de su desempeño, pues no consideraban que Mary estuviese bien informada en el plano político. Y, por ese motivo, no ocultaban su temor de que la inexperiencia política de ella hiciese que la revista pareciese ingenua ante los ojos del experimentado crítico. Mary, que había tenido una historia de vida singular—huérfana de padre y madre, quienes habían muerto casi el mismo día a causa de la gripe española de 1918, educada hasta los 18 años por un matrimonio

aterrador de tíos abuelos resentidos y, a partir de allí, por el abuelo materno, un abogado de renombre, protestante y casado con una judía excéntrica—, no entendía, por ejemplo, las razones sustantivas que habían llevado a los revolucionarios rusos a asesinar al zar y su familia. Esto no obedecía a falta de información, sino a que su formación había transcurrido en colegios católicos y luego había continuado en el famoso *college* de Vassar, donde estudiaban las jóvenes talentosas de la élite en esa época, como la propia Mary y la poetisa Elizabeth Bishop, por ejemplo.

Si la mudanza a Nueva York, en 1936, había alterado radicalmente el destino de Mary, en 1938, cuando tiene lugar su segundo encuentro con Wilson, ella, que ya estaba un paso delante de las jóvenes de su época en cuanto a la vida amorosa y, en cierto sentido, profesional, todavía estaba un paso atrás, según la evaluación de los jóvenes de la revista, respecto del clima de radicalismo político de la época. Por eso resolvieron “entrenarla” para el encuentro. Entre las medidas adoptadas, además de las conversaciones sobre los temas más políticos, tres martinis secos, consumidos poco antes del encuentro. De modo que Mary llegó ya “a punto” para una cena que todos, inclusive ella, suponían que iría a transcurrir en los moldes del almuerzo anterior: conversaciones variadas sobre cultura y política, conducidas con fluidez y sin alcohol por Edmund Wilson.

Pero lo que pasó estuvo bien lejos del *script* imaginado. Para sorpresa de Mary, Wilson bebía, y mucho; sólo no lo había hecho en el primer encuentro porque ese día estaba con resaca. Sin coraje para rechazar los tragos que él le ofrecía y menos todavía para mencionar los martinis que ya había tomado, ella bebió más de lo habitual. Resultado: Mary se entusiasmó, acaparó la escena, soltó la lengua y, al encontrar en Wilson un oyente atento, hizo de su vida el tema de la noche. Después se apagó. Cuando volvió en sí, al día

siguiente, estaba acostada en la cama, en un cuarto desconocido. Su primera medida fue averiguar si estaba sola o acompañada. Ni una cosa ni la otra en el sentido que la atemorizaba. Margareth, la otra invitada a la comida de la noche anterior, estaba durmiendo en la cama de al lado, y Wilson, que sólo había depositado a las dos en el hotel y le había encomendado a la amiga que pasara la noche con Mary, se encontraba en su casa.<sup>5</sup>

En el tercer encuentro, Mary y Wilson terminaron la noche juntos, en la cama del escritorio de la casa de él. De allí en adelante, la historia seguiría el curso previsible de las relaciones triangulares. Dividida y dilacerada, Mary no sabía si romper con Philip Rahv o con Wilson. Terminó casándose con Wilson, 17 años mayor que ella, su segundo marido oficial y padre de su único hijo. Con el casamiento, Mary se alejaría de *Partisan Review* y se dedicaría al género ficcional. En gran parte gracias a la influencia y a los métodos poco comunes de Wilson, quien, confiando en el talento de su mujer como escritora y dudando de la calidad de su crítica teatral, solía encerrarla, por las tardes, en el escritorio para que se disciplinase en la práctica de la escritura cotidiana.

La historia resumida de una vida atribulada, fascinante e incitante como la de Mary McCarthy —excelente escritora de memorias, conocida no sólo por sus talentos literarios sino también por su inteligencia filosa y su lengua feroz—,<sup>6</sup> ofrece un contrapunto intere-

sante para introducir el otro término de la comparación propuesta: el grupo Clima, su universo de sociabilidad y el lugar y la posición de las mujeres.

### **El grupo Clima**

Formado a comienzos de 1939, en San Pablo, por jóvenes estudiantes de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras (nacidos entre 1916 y 1920), unidos por fuertes lazos de amistad y por una intensa sociabilidad, el grupo Clima estaba integrado por Antonio Candido, Décio de Almeida Prado, Paulo Emílio Salles Gomes, Lourival Gomes Machado, Ruy Galvão de Andrada Coelho, Gilda de Mello e Souza, entre otros. Juntos se lanzaron a la escena cultural paulista por medio de una modalidad específica de trabajo intelectual: la crítica de teatro, cine, literatura y artes plásticas.

Décio y Paulo Emílio, amigos desde los tiempos del colegio, eran hijos de médicos con destacada proyección en los círculos de la élite paulista de la época. Éste era también el caso del padre de Antonio Candido, médico prestigioso, con una amplia clientela en el interior de Minas. Al igual que el padre de Décio, se había formado en la Facultad de Medicina de Río de Janeiro y se interesaba tanto por la medicina como por la literatura. Rui Coelho, hijo de un abogado de renombre y el más joven del grupo, publicó su primer trabajo —un largo ensayo sobre Proust— a los 21 años, en la revista *Clima*, que proyectaría a todos en la escena cultural paulista, incluida Gilda, prima segunda del “papa” del mo-

<sup>5</sup> Las informaciones relativas a los episodios mencionados en esta parte del artículo fueron extraídas del libro de Mary McCarthy, *Intellectual memoirs* (1992).

<sup>6</sup> Esto lo demuestra, por ejemplo, la actitud de la escritora Lillian Hellmann, que en la década de 1980 inició una demanda por daños morales contra Mary, que implicaba una suma significativa de dinero y que no se llegó a concluir porque Mary se enfermó de un cáncer fatal en el pulmón. Apoyada siempre por Hannah Arendt, con quien mantuvo una relación intensa de amistad y una fructífera correspondencia, Mary McCarthy es una de las mujeres más interesantes y polémicas del grupo.

Sus memorias, fascinantes desde el punto de vista literario e informativo, son un manantial para profundizar sobre las convenciones de género en los círculos intelectuales de mayor prestigio de la época.

ernismo brasileño, Mário de Andrade, y futura mujer de Antonio Candido.

Las afinidades que los unían, derivadas de sus orígenes sociales semejantes, de las vivencias parecidas que tuvieron en su infancia y adolescencia, del tipo de formación cultural que habían recibido de sus familias y de las escuelas a las que habían concurrido, fueron fortalecidas y sedimentadas a lo largo del período que cursaron en la Facultad de Filosofía. Para buena parte de ellos, esta institución representó mucho más que un espacio de profesionalización. Fue, sobre todo, el centro de irradiación que configuró el universo de sociabilidad del grupo. Allí construyeron las relaciones personales, intelectuales, afectivas y, en algunos casos, amorosas, que marcarían sus vidas para siempre. Tales fueron, por ejemplo, los casos de Décio y Ruth de Almeida Prado, y de Antonio Candido y Gilda de Mello e Souza.

La única mujer del grupo que conquistó un “nombre propio”, en razón de su trayectoria académica y de los trabajos que produjo en las áreas de sociología y estética, fue Gilda de Mello e Souza. Su caso es particularmente interesante para pensar la asimetría de las relaciones de género en el interior de ese círculo y, al mismo tiempo, para avanzar en la comparación propuesta entre los intelectuales “paulistas” del grupo *Clima* y los intelectuales neoyorquinos de *Partisan Review*.

Mientras que a fines de la década de 1930 en Nueva York las mujeres del grupo podían ya practicar una sociabilidad audaz, como vimos rápidamente en el caso de la escritora Mary McCarthy, en San Pablo, las muchachas y los jóvenes de *Clima* eran mucho más recatados. Recordando ese período, Gilda relata:

[...] salíamos mucho juntos. A partir de cierto momento, creo que sólo nos podíamos divertir si estábamos juntos. Por lo general, nos encontrábamos al fin de la tarde, en las clases de Maugüé. Ya era ca-

si de noche cuando salíamos de los cursos hacia esa réplica ligeramente europea que era la Plaza de la República de entonces. Los plátanos, la algaraza de los gorriones, el viento frío, el eco francés de la voz de Maugüé —que llevando su “*serviette*”, iba adelante discutiendo la clase con algún alumno—, todo eso nos envolvía en un dulce espejismo civilizado. Cuando no teníamos ninguna tarea escolar urgente, seguíamos de allí hacia nuestro cuartel general, la Confeitería Vienesa, en la calle Barão de Itapetininga. Era allí que entre un *croissant* y un *ice* chocolate alemán (pues nadie bebía en nuestro grupo) combinábamos prolongar la reunión en el cine, casi siempre un film francés (de Mello e Souza, 1981-1984).

La sociabilidad más recatada del grupo contrasta con la de los intelectuales neoyorquinos. Menos atrevidos que ellos, los integrantes de *Clima* eran antes que nada universitarios comedidos. Pero si en cuanto a la sociabilidad mundana los neoyorquinos parecerían estar más cerca de nuestros modernistas, desde el punto de vista del perfil intelectual del grupo, se distancian de ellos en aspectos decisivos. Críticos de la cultura en su mayoría, con excepción de algunos pocos escritores,<sup>7</sup> los neoyorquinos, en términos intelectuales, se parecen más a los miembros de *Clima* que a los modernistas.

Esta dimensión es central tanto para la comparación que propongo entre ambos grupos, como para analizar la posición de las mujeres en el interior de estos círculos. En ese sentido, si la historia relatada antes con la intención de delinear la sociabilidad del grupo —las peripecias amorosas de Mary Mc-

<sup>7</sup> Con excepción de Mary McCarthy, Elizabeth Hardwick, Saul Bellow y Delmore Schwartz, no había otros escritores dentro del círculo de los intelectuales neoyorquinos, que tenían una mente mucho más crítica que artística. Cf. Jumonville (1991: 9).

Carthy y la posición que ocupó en la división del trabajo intelectual de la entonces recién lanzada *Partisan*— nos recuerda (y mucho) las vivencias también atribuladas y fascinantes de nuestras modernistas Tarsilia do Amaral, Anita Malfatti y Patrícia Galvão, se distingue de éstas en varios aspectos. En primer lugar por la formación universitaria que Mary había obtenido en Vassar, lo que la habilitó a debutar en la escena cultural neoyorquina como crítica de teatro, y sólo un poco más tarde como escritora, también orientada a la crítica cultural. Tarsilia do Amaral (1886-1973) y Anita Malfatti (1889-1964) eran pintoras y no críticas.<sup>8</sup> Y si Patrícia Galvão (1910-1962) —más conocida como Pagu— hizo las dos cosas como Mary, es decir, escribió ficción y crítica de teatro, esto tuvo lugar en una coyuntura distinta a la de su aparición en el modernismo, cuando era todavía una colegiala, transformada “en muñeca” por el matrimonio Tarsila y Oswald de Andrade.<sup>9</sup> Antes, por cierto, del romance avasallador que tuvo con Oswald y del nacimiento, en 1930, del hijo de ambos, Rudá de Andrade, y de la entrada de ellos al Partido Comunista en 1931, el primero de una serie de acontecimientos políticos que marcarían la vida de Pagu en la década de 1930: de los viajes alrededor del mundo (cuando se inicia como reportera), a los largos meses que vivió en París (sin el marido y sin el hijo), donde fue encarcelada en julio de 1935 por militante comunista extranjera. Repatriada, volvió al

Brasil y, nuevamente, fue encarcelada dos veces, en 1935 y 1938. Liberada en julio de 1940, empobrecida y delgadísima, Pagu inició un romance con Geraldo Ferraz, con quien viviría hasta el fin de su vida. De modo que sólo en la década de 1940 pudo retomar la vida intelectual, cuando se vinculó con el periódico socialista *Vanguarda Literária*, en 1945, e inició, al año siguiente, su colaboración regular en el suplemento literario del *Diário de São Paulo*. Su debut como crítica de teatro recién tendría lugar en 1957, cuando ella y Ferraz ya estaban viviendo en Santos.

Si me extendí en el caso de Pagu fue para mostrar que tanto ella como nuestras pintoras modernistas son y no son comparables con la escritora Mary McCarthy. Lo son, si usamos como criterio las vidas amorosas atribuladas o tumultuosas que tuvieron y el hecho de haber sido mujeres que desafiaron los patrones dominantes de moralidad y género de la época. No lo son si enfocamos el perfil de los círculos intelectuales y artísticos a los que pertenecieron. En esta dimensión, la comparación entre Mary y Gilda de Mello e Souza parece pertinente, pues tanto una como otra, además de ser productos de la vida universitaria en su interfaz con el sistema cultural más amplio de las ciudades en las que construyeron sus vidas profesionales, formaron parte de círculos con un perfil intelectual parecido. En el caso de Gilda y de otras mujeres de su generación que integraron el grupo Clima, el acceso a la formación intelectual que tuvieron en la Facultad de Filosofía, sumado a la vivencia inédita de una sociabilidad fuertemente anclada en la vida universitaria, permitió que varias de ellas reorientaran el papel social para el que habían sido educadas: madres y amas de casa. El impacto de esa experiencia renovadora que propició la Facultad fue enorme, sobre todo para aquellas que efectivamente intentaron inventar un nuevo destino para sí mismas, como fue el caso de Gil-

<sup>8</sup> La literatura sobre el modernismo es extensa y daría lugar, por sí sola, a un artículo. A modo de “comprobación” de la interpretación que propongo (y que merece una reflexión de mayor aliento, que podría intentarse en otra ocasión), remito al lector interesado en profundizar la dimensión de género en el círculo modernista al reciente libro de Sérgio Miceli (2003).

<sup>9</sup> La expresión es del artista plástico Flávio de Carvalho y se encuentra reproducida en “Roteiro de uma vida-obra”, incluido en el libro del cual tomé los datos sobre Pagu. Cf. Augusto de Campos (comp.) (1982: 320).

da. Pero eso se dio al precio de conflictos, inseguridades y dilemas muy específicos; sobre todo al comienzo, cuando no se sentían socialmente seguras para insertarse en el campo intelectual predominantemente masculino de la época. Las dificultades preliminares que enfrentaron, transmutadas bajo la forma de inseguridades personales, fueron siendo esquivadas, pero no eliminadas, a medida que construían nuevos modelos de conducta y acción.

En el período en que se produjo *Clima* estaba en curso la construcción de un nuevo sistema de producción intelectual, y se iniciaban las transformaciones de los papeles femeninos que Gilda de Mello e Souza y otras mujeres de su generación vivirían, con los dilemas y ambigüedades mencionados antes. En ese contexto de doble redefinición, Gilda, que había debutado en *Clima* con un cuento, siguiendo el consejo de Mário de Andrade de que sería bueno para la revista contar con alguien dedicado exclusivamente a la ficción, abandonó el papel que se le había reservado y dejó de escribir ficción. Su gesto, reforzado, según todo parece indicarlo, por la falta de críticas favorables a su producción como cuentista, tuvo un sentido preciso: rechazar la posición y el papel que los compañeros de la revista le habían adjudicado. Rebelarse contra las dos modalidades de expresión intelectual socialmente más adecuadas para las mujeres de la época, la ficción y la poesía, fue tal vez su “primer acto de libertad”,<sup>10</sup> aun cuando fuese enrevesado.

Mientras Gilda dejaba la ficción para ingresar en el campo universitario y en el área de la sociología estética, Mary McCarthy dejaba la crítica de teatro para destacarse como escritora. Diferencias de estilo, de personalidad, de relaciones amorosas y del campo intelectual en el que estaban insertas. Pero junto

con esas diferencias, innegables, es preciso subrayar también las semejanzas, pues tanto una como otra son impensables sin la presencia de las instituciones de enseñanza superior, de las transformaciones que se estaban produciendo en la estructura social de las ciudades de San Pablo y Nueva York en el período, de las nuevas modalidades de reclutamiento social de los intelectuales y de expresión simbólica de las dimensiones de género.

### **Los intelectuales de Nueva York vistos de lejos y de forma comparativa**

Las relaciones que unían a estos intelectuales de Nueva York eran, a un mismo tiempo, morales, personales, políticas y, en algunos casos, conyugales. Ellos no sólo “envejecieron juntos”, sino que también aparecen, con mucha frecuencia, bajo la forma de personajes en las memorias que escribieron. Retratos de época, de personas, de un universo intelectual y cultural específico, en cuyo interior adquirieron nombre y autoridad –por sí mismos y como parte inseparable de los círculos a los que pertenecían–, esas memorias son una fuente preciosa para entender el tipo de sociabilidad que practicaban, los chismes que circulaban en la época, los amores, casamientos y separaciones, los conflictos, las enemistades, las alianzas que hicieron.<sup>11</sup>

<sup>11</sup> Entre los libros de memorias que publicaron, hasta mediados de la década de 1960, se destacan: *A walker in the city* (1951) de Alfred Kazin, *Memoirs of a revolutionist* (1957) y *Against the America grain* (1962) de Dwight Macdonald, *Starting out in the thirties* (1965) de Alfred Kazin. A partir de comienzos de la década de 1970, como resultado del envejecimiento de varios de ellos, del cuestionamiento que sufrieron por parte de las generaciones más jóvenes, sobre todo de las ligadas con la nueva izquierda, de la publicación del libro de memorias de la celebrada dramaturga y escritora Lillian Hellman, *Scoundrel time* (1976), ellos volvieron a la escena editorial y apostaron todas las fichas en la reconstrucción, en libros de memorias, de sus trayectorias pro-

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 147.

La proliferación de conflictos entre ellos<sup>12</sup> contrasta con la inexistencia de roces manifiestos entre los integrantes más notables del grupo Clima, cuyas relaciones se caracterizaron por la convivencia íntima y la ausencia de competencia explícita. Esto se explica menos por la personalidad de los miembros de los grupos y más por el tipo distinto de sistema cultural en que estaban insertos.

En el caso de San Pablo y a comienzos de la década de 1940, según el entonces principiante de 22 años, Antonio Candido, todos tenían “en preparación un trabajo de historia, o de sociología, o estética, o filosofía, así como los mayores (los de la generación anterior) tenían novelas” (Candido, 1945: 34). Con ex-

---

fesionales, experiencias personales y compromisos políticos. El libro de Lillian Hellman, premiado y aclamado por la crítica, un gran éxito de público, es un libelo contra el macartismo de la década de 1950 y una crítica dura al silencio de muchos de los intelectuales de Nueva York en relación con el período de mayor arbitrariedad política de la historia norteamericana. Una gran parte de los libros que publicaron a continuación trae, si no una refutación contundente de la visión de Lillian Hellman, al menos una reconstrucción del pasado que enfatiza el alineamiento de sus autores en el campo político del antiestalinismo, en un intento por marcar sus diferencias en relación con el anticomunismo desenfadado de los conservadores de derecha, y de enfatizar la importancia que tuvieron en la escena cultural y editorial. Entre los libros leídos en esta dirección, se destacan: *We must march my darlings* (1977), de Diana Trilling; *Essays on literature and politics* (1978), de Philip Rahv; *New York Jew* (1978), de Alfred Kazin; *The Truants* (1982), de William Barrett; *A view of my own* (1982), de Elizabeth Hardwick; *A margin of hope* (1982), de Irving Howe; *A partisan view* (1983), de William Phillips; *Out of step* (1987), de Sidney Hook; *Conversations with Lillian Hellman* (1986), editado por Jackson Bryer; *Essays, selections* (1990), de Irving Howe; *Intellectual memoirs* (1992), de Mary McCarthy; *Writing dangerously* (1992), de Carol Brightman; *Between friends: the correspondence of Hannah Arendt and Mary McCarthy* (1995), editado por Carol Brightman.

<sup>12</sup> Como el que ocurrió, por ejemplo, en la relación entre los dos principales editores de *Partisan Review*, Philip Rahv y William Phillips, que rompieron de forma intempestiva en la década de 1960, después de años de convivencia estrecha.

cepción de Gilda de Mello e Souza, que publicó primero un trabajo de ficción, todos los otros comenzaron con un artículo de crítica y no se aventuraron en la poesía como sí lo habían hecho los de la generación anterior. En palabras de Antonio Candido, dichas en plena juventud, todos eran “críticos y estudiosos ‘puros’, en el sentido de que, en ellos, dominará siempre ese tipo de actividad” (*ibid.*).

Como productos del nuevo sistema de producción intelectual implantado en la Facultad de Filosofía de la Universidad de San Pablo, por intermedio de los profesores extranjeros (franceses, en particular), Antonio Candido y sus amigos más allegados del grupo Clima renovaron la tradición ensayística brasileña. Situados entre los literatos, los modernistas, los periodistas polígrafos y los científicos sociales, construyeron su espacio de actuación por medio de la crítica, ejercida en moldes ensayísticos pero pautada por intereses y criterios de evaluación académicos. El hecho de que actuaran al mismo tiempo como críticos de la cultura, académicos y profesores universitarios, señala el alcance de las transformaciones que estaban ocurriendo a lo largo de las décadas de 1940 y 1950 en el sistema cultural de San Pablo, derivadas en gran medida de la introducción de nuevas maneras de concebir y practicar el trabajo intelectual. En ese contexto, tendieron un “puente” entre la Facultad de Filosofía y las instancias más amplias de producción y difusión cultural de la ciudad.

Al escribir sobre diversas modalidades de la crítica cultural, dieron visibilidad a la nueva mentalidad universitaria que se estaba definiendo en la Universidad de San Pablo. Pero en lugar de llevar a cabo una crítica apoyada sólo en la discusión de posiciones teóricas, se centraron principalmente en el análisis interno de la producción del período. Además, cada uno de los editores más significativos de la revista *Clima* se especializó en un área de la cultura, que, aun cuando lindara con las

otras, como la crítica literaria, de cine, teatro, artes plásticas, permitió allanar los eventuales conflictos entre ellos.

En Nueva York, por contraste, además de que la producción cultural y académica estaba más segmentada y especializada en esa época, también pesaba el hecho de que la mayoría de los integrantes de *Partisan* se dedicaba a la crítica literaria como dominio principal de sus actividades intelectuales (descontados los casos de los críticos de arte, Clement Greenberg, Meyer Schapiro y Rosenberg).

Si ambos grupos tenían en común la crítica cultural y el ensayo como modo privilegiado de expresión, no puede decirse lo mismo con respecto al origen social de sus integrantes. Mientras que los miembros de *Clima* pertenecían al sector de la burguesía formado por profesionales liberales, altos funcionarios, hacendados y medianos industriales, los intelectuales de Nueva York —con excepción de unos pocos provenientes de “buenas familias” protestantes y adineradas— pertenecían sobre todo a la segunda generación de familias pobres de judíos inmigrantes. Tanto en un caso como en el otro, esas imposiciones les daban “un aire de familia, un sesgo definido en el modo de observar la realidad”, en las palabras precisas de Gilda de Mello e Souza (1981-1984: 135), que, utilizadas para explicar las razones que propiciaron y alimentaron la convivencia intensa de su grupo de juventud, se aplican también a los intelectuales neoyorquinos.

Si el “sesgo definido en el modo de observar la realidad” presenta contenidos distintos en función de las diversas experiencias sociales de esos intelectuales, es necesario destacar la existencia de un suelo estructural e institucional semejante que hace posible y justifica la comparación propuesta en este artículo. En primer lugar, cabe subrayar que ellos dieron continuidad, en nuevas claves, al trabajo de consolidación de la cultura moderna, cuyo impulso inicial habían dado los mo-

dernistas que los precedieron. Con Francia como modelo y, en varios casos, como lugar de residencia temporaria, esos “repatriados comenzaron a empeñarse en producir en casa el símil nacional”.<sup>13</sup> Repatriados simbólicos, en el caso de los modernistas, reales, en el caso de muchos intelectuales de Nueva York ligados a *Partisan Review*, a causa de la inmigración forzosa de los padres, por razones económicas y persecuciones religiosas, víctimas en su mayoría de los pogroms que tuvieron lugar en Europa en la segunda mitad del siglo XIX.

Instalados en suelo americano, residentes de los barrios “étnicos” de Nueva York, sobre todo del Bronx, donde se concentraban judíos e italianos, antes de su ocupación por los negros, estos hijos de inmigrantes, nacidos en los Estados Unidos, transitaron el camino típico reservado a la segunda generación. Primero asistieron a la escuela pública, aprendieron bien el inglés, se destacaron como alumnos brillantes y encontraron las condiciones institucionales y culturales necesarias para llegar a ser universitarios y realizar el “destino” esperado por sus padres, quienes habían depositado en ellos todas las esperanzas de un futuro mejor y el sueño americano de ascenso social. Pero eso se dio al costo de una vivencia dilacerada, atravesada por todo tipo de sentimientos ambivalentes, vividos en el registro individual de la culpa, de la agitación interior y de la vergüenza en relación con los progenitores y los familiares en general. Pobres, inmigrantes, religiosos, los padres hablaban inglés con acento extranjero y solamente en la esfera pública; en la casa y

<sup>13</sup> Si la observación es común en los estudios sobre el modernismo brasileño, cobra una nueva dimensión a partir del sugerente estudio de Iná Camargo Costa (2001: 27), dedicado al análisis de la formación del teatro moderno norteamericano y elaborado con el propósito de ofrecer una trama más sólida para la comparación con la formación del teatro moderno en el Brasil.

en el vecindario usaban el yiddish, asistían a la sinagoga, trabajaban duro, se divertían poco. Limitados, en principio, a la sociabilidad familiar y del vecindario, padres e hijos, aun cuando ya no vivían confinados en guetos, sentían que Manhattan estaba más lejos que Europa. La proximidad geográfica estaba atravesada por una colosal distancia social que, cuando fue sorteada por los hijos, implicó un viaje sin retorno a la sinagoga, la suspensión de los preceptos familiares y religiosos de los padres y la adhesión a otro universo de valores: cosmopolita, en el plano cultural, radical, en el ámbito político, agnóstico, opuesto, en un primer momento, a las cuestiones religiosas en su interfaz con los problemas étnicos.

Llegados al comienzo de la edad adulta en un contexto marcado por la grave crisis económica de 1929, vivieron ese período como un momento paradójico de libertad. En las palabras de uno de los editores de *Partisan Review*, William Barrett, aquello que dijo Sartre respecto de la situación de la intelectualidad francesa durante la ocupación alemana (“nunca fuimos tan libres” como en aquel momento) se aplica a la perfección para describir la experiencia de una parte de los artistas e intelectuales (o candidatos a) neoyorquinos en el período de la Depresión. Sin trabajo fijo y sin las obligaciones propias de la carrera y la vida profesional, pusieron la inteligencia y la curiosidad al servicio de la expansión de los intereses culturales.

Si la Depresión implicó la suspensión temporaria del sueño que habían acariciado los padres en relación con el ascenso social de los hijos, también permitió que éstos se reencontrasen en el terreno más arriesgado de la política. Como muchos de los inmigrantes obreros, los padres traían de Europa la cultura socialista. Y fue en ese contexto preciso y, en muchos aspectos, singular de la historia norteamericana –en cuyo interior la clase obrera, los inmigrantes y la “plebe” adquirie-

ron visibilidad en la escena política y en la literatura de la época– que los hijos de aquellos inmigrantes, ya ligados al cosmopolitismo en el plano de la cultura, debido a su socialización en la cultura académica de la época, adhirieron al marxismo y se involucraron en las polémicas trabadas entre comunistas y trotskistas. En las palabras de otro integrante del círculo de *Partisan Review*, Irving Howe, “el radicalismo de los años treinta dio su estilo distintivo a los intelectuales de Nueva York: la atracción hacia la polémica, el gusto por las grandes generalizaciones, la impaciencia hacia aquello que ellos percibían (muchas veces parroquialmente) como erudición parroquial, una perspectiva internacionalista, una creencia tácita en la unidad –aun cuando ésta estuviese fuera de nuestro alcance– del trabajo intelectual”.<sup>14</sup>

La adhesión al marxismo, el alejamiento de las propuestas políticas y culturales del Partido Comunista, la intransigente convicción antiestalinista (señalada con bastante claridad en el lanzamiento en 1937 de *Partisan Review*), la defensa de la perspectiva internacionalista, todo eso transcurrió junto y en medio de las transformaciones del paisaje social y cultural de la ciudad de Nueva York. En el ámbito de la producción académica, áreas de saber que hasta entonces habían sido monopolio de las élites blancas y protestantes, como la filosofía y la literatura inglesa, comenzaron a ser “invadidas” por los estudiantes judíos más talentosos, que, minoritarios en la Universidad de Columbia (la institución universitaria de mayor prestigio de la ciudad en aquella época), encontraron en la Universidad de Nueva York y, sobre todo en el City College, el espacio intelectual necesario para continuar con los estudios superiores

<sup>14</sup> Cf. Irving Howe (1990: 244). Esta y las demás citas de los intelectuales neoyorquinos reproducidas en el resto del artículo fueron traducidas por la autora.

y la militancia política de izquierda.<sup>15</sup> Había un clima de urgencia en el aire y una sensación de que, a pesar de la crisis económica y del miedo orquestado de la “amenaza roja”, representada por la Revolución Rusa y perpetrado por la derecha, los Estados Unidos podrían llegar a ser una democracia de tipo socialista. Este tipo de utopía política, anhelada por sectores minoritarios de la ciudad más avanzada de los Estados Unidos, escenario de las vanguardias culturales y artísticas de la época, no tardaría en dar señales de múltiples fallas.

Primero, como resultado de la entrada de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial y de su progresiva hegemonía en el plano político y económico. Segundo, por las implicaciones de la Guerra Fría, del macartismo y del anticomunismo desenfrenado que ganó a las élites políticas norteamericanas, no sólo a las más alineadas a la derecha, sino también a una parte de los liberales de la época. Tercero, por el progresivo conservadurismo de muchos de los intelectuales de Nueva York, quienes, marxistas y radicales en la década de 1930, antiestalinistas fervorosos en la de 1940, defensores del liberalismo y la democracia, inventaron una acrobacia clasifi-

catoria de las más extravagantes para, en la década de 1950, definirse como “anti-anti-comunistas”, parcialmente a tono con los idearios del socialismo democrático, en lucha abierta contra todo tipo de totalitarismo.<sup>16</sup> Por último, por el peso que pasó a tener la cuestión judía –ausente en la perspectiva internacionalista que habían compartido en la década de 1930– en la agenda intelectual de los debates y escritos producidos en la posguerra. La revelación de los campos de concentración, del Holocausto y de las atrocidades cometidas por los alemanes durante la guerra; la ampliación de las bases económicas y sociales de la comunidad judía en Nueva York y de la influencia de sus miembros más expresivos en los círculos culturales de mayor prestigio de la ciudad; el enfriamiento del radicalismo y de la visión internacionalista, todo ello, sumado, contribuyó a que los intelectuales neoyorquinos hicieran una relectura de sus experiencias pasadas, sobre todo de las relativas a la vida familiar, y diesen comienzo a la problematización de un tema que hasta entonces había estado ausente de sus intereses cosmopolitas: la identidad judía.

“*Outsiders*”, en su mayoría, en la década de 1930, en todos los aspectos (origen social, capital cultural y económico, procedencia étnica, filiaciones doctrinarias), los intelectuales de Nueva York, sobre todo los ligados a las revistas *Partisan Review* y *Commentary*,

<sup>15</sup> Según Alexander Bloom, a partir de la década de 1920 se observa un clima de antisemitismo en los Estados Unidos, puesto de manifiesto, por ejemplo, mediante una serie de restricciones que comenzaron a sufrir los estudiantes judíos en las universidades norteamericanas. Pero, aun así, dos de los mayores colaboradores de *Partisan*, Lionel Trilling y Meyer Schapiro, todavía pudieron, en esa época, graduarse en la Universidad de Columbia, lo que no fue posible para los intelectuales judíos más jóvenes, que habían nacido entre 1915 y 1925. Ninguno de ellos llegó a estudiar en Columbia. La única alternativa de que disponían, ya sea a causa de la precaria situación familiar, o de la exacerbación de la discriminación étnica observada en las universidades norteamericanas en la década de 1930, era el City College. Delmore Schwartz, en ese contexto, fue una excepción. Proveniente de una familia judía de clase media, se graduó en filosofía, en 1935, en la New York University e hizo un posgrado en Harvard. Cf. Alexander Bloom (1986: cap. 2) y Shatzky y Taub (comps.) (1999).

<sup>16</sup> Referencia a las disputas clasificatorias y políticas que tuvieron lugar entre los intelectuales de Nueva York a partir de comienzos de la década de 1950, cuando Philip Rahv, William Phillips (los principales editores de *Partisan*), entre otros, crearon el término “anti-anti-comunista” para diferenciarse, por un lado, del anticomunismo de la derecha norteamericana y, por otro, de los anticomunistas liberales como Sidney Hook y Elliot Cohen (editor de *Commentary*). Así señalaron su alineamiento junto al sector de los “neoyorquinos” situados más a la izquierda en el período, como Clement Greenberg, Meyer Schapiro, Dwight Macdonald, Irving Howe y Lewis Coser (los dos últimos eran editores de *Dissent*), entre otros.

fueron paulatinamente migrando no sólo de posición política sino también de estatus intelectual y social. Hacia el final de la Segunda Guerra, en el momento en que ya recibían señales inequívocas de la influencia intelectual que ejercían en la ciudad, hicieron eclosión las primeras crisis internas del grupo. En la visión de Irving Howe (1982: 251-252), que puede tomarse como expresión condensada de la autorrepresentación de estos intelectuales, “tal vez hubiese una relación entre crisis interna e influencia externa. Todo aquello que los mantenía en acción –la idea del socialismo, la defensa del modernismo literario, el ataque a la cultura de masas, un estilo especial de crítica literaria– fue juzgado como irrelevante en los años de la posguerra. Pero como grupo, en el momento exacto en que la desintegración interna había comenzado a producirse seriamente, los intelectuales de Nueva York podían ser identificados de inmediato. Los líderes del grupo eran Rahv, Phillips, Trilling, Rosenberg y Kazin. El principal teórico político era Hook. Los escritores y poetas ligados al medio neoyorquino eran Delmore Schwartz, Saul Bellow, Paul Goodman e Isaac Rosenfeld. El “scholar” más reconocido, así como la fuerza moral inspiradora, era Meyer Schapiro.

En esa lista, los grandes ausentes son los no judíos, como Dwight Macdonald y William Barrett, por ejemplo, y las mujeres, como Mary McCarthy, Elizabeth Hardwick, Diana Trilling y Hannah Arendt, sin duda la intelectual más influyente y vigorosa del círculo, que la había incorporado rápidamente luego de su llegada a Nueva York en 1941. Su libro *Los orígenes del totalitarismo*, escrito a fines de la década de 1940 y publicado en 1951, fue un acontecimiento y tuvo una recepción impresionante entre ellos.

En ese mismo período, en el Brasil, los integrantes del grupo Clima, en sintonía con los idearios de la izquierda, también comparaban la crítica al totalitarismo, se enfrentaban

con el Partido Comunista, criticaban el estalinismo y defendían un socialismo de tipo democrático. Pero, a diferencia de los intelectuales neoyorquinos que, tras la entrada de los Estados Unidos en la guerra y, sobre todo, en la posguerra, fueron abandonando el polo más a la izquierda del espectro político, los intelectuales de Clima que, en sus inicios, estaban más interesados en la agenda cultural que en el debate político (con excepción de Paulo Emílio), pasaron a tener una actuación más comprometida. Primero, por medio de los dos manifiestos que publicaron en la revista *Clima* (en 1942 y 1943), donde lanzaron, según Antonio Candido (1986: 61), las bases para la construcción de una acción socialista, “sin sectarismo pero sin transigencia”, fundada en la “fidelidad a la Revolución Rusa” y en el “marxismo como base”, pero abierta “a las corrientes filosóficas y políticas del siglo” con el propósito inmediato de “luchar contra el Estado Novo y el fascismo”. Luego, por el hecho de que se mantuvieron como defensores intransigentes de la libertad de expresión y los valores democráticos, en los dos contextos de mayor represión política en el país, el Estado Novo y la dictadura militar.

Más allá de las diferencias políticas y de orígenes sociales de los dos círculos de intelectuales, ellos son uno de los productos más acabados del sistema cultural moderno implantado en las ciudades de San Pablo y Nueva York entre las décadas de 1930 y 1950, en un momento en que la vida académica y la crítica cultural estaban íntimamente entrelazadas en la esfera pública de la ciudad, en sus realizaciones más expresivas, en sus proyectos más audaces.

Al contrario de la mayoría de los *campi* universitarios norteamericanos que, en cierto sentido, estaban y continúan estando aislados y autosuficientes en relación con el medio urbano en el que se sitúan, las instituciones de enseñanza superior en Nueva York nunca perdieron la conexión con la vida más amplia

de la ciudad. De hecho, ellas son impensables sin el dinamismo cultural de la ciudad, el periodismo, las editoriales, los artistas, los museos, las galerías, los intelectuales, los diversos grupos étnicos que, compuestos por levas de inmigrantes, dieron una fisonomía particular a Nueva York.

Tanto allí como aquí, se produce, en el dominio de la producción cultural e intelectual, una ampliación del reclutamiento social de sus practicantes. Los intelectuales neoyorquinos son un caso ejemplar de esa dirección y, en el caso brasileño, los actores y actrices de origen humilde o inmigrante que se incorporaron al Teatro Brasileño de Comedia (como Cacilda Becker y Nydia Licia, entre otros) y varios estudiantes de la Facultad de Filosofía de la Universidad de San Pablo que, una vez formados, se destacarían en sus respectivas áreas de especialización. El ejemplo más notable en ese sentido es el de Florestan Fernandes. Su origen social, sumado a las dificultades de toda índole que tuvo que enfrentar en la infancia y la adolescencia, difícilmente le abriría las puertas de las facultades donde se formaban nuestras élites dirigentes, como las de Derecho, Politécnica o Medicina. Del encuentro entre jóvenes talentosos, instituciones y proyectos audaces y ciudades en intensa transformación con perfil de metrópolis, alejadas de los centros formales del poder político, surgieron las condiciones sociales y simbólicas para la producción de los círculos de intelectuales rastreados en este artículo.

### **Los intelectuales de Nueva York vistos por el prisma de la configuración “establecidos-outsiders”**

La reorientación política de los intelectuales de Nueva York, consecuencia en parte de la modificación de la posición social de sus integrantes y de la conquista de autoridad cultural y simbólica, parece ser inseparable de la

consolidación, en la posguerra, de la hegemonía económica, militar y política de los Estados Unidos en el escenario internacional y de la polarización que la Guerra Fría produjo en el plano interno. En ese contexto, la crítica al totalitarismo y al estalinismo dio lugar a alianzas inesperadas y a contenidos diversos a los exhibidos en el clima de radicalismo de la década de 1930.<sup>17</sup>

Este planteo tiene algo de reduccionismo político y de “verdad sociológica”. Para allanar los deslices reduccionistas y dar solidez a los eventuales aciertos sociológicos, utilizaré el modelo “establecidos-outsiders” de Elias con el propósito de reflexionar más adecuadamente sobre la posición de la intelectualidad neoyorquina. Para resumir uno de los recorridos teóricos y analíticos más vigorosos en el campo de las ciencias sociales, como el de Norbert Elias, sólo señalaré que las confi-

<sup>17</sup> Corresponde hacer aquí dos aclaraciones. La primera, relativa a la caracterización más general del realineamiento político de estos intelectuales, hecha a lo largo del artículo en cuanto a su progresivo conservadurismo. Este encuadre corresponde, por un lado, a la manera dominante con que ellos fueron vistos por la izquierda norteamericana en las décadas de 1960 y 1970. Conservadores, en este caso, es un calificativo que les adjudicaron los integrantes de la también llamada “nueva izquierda” norteamericana. Por otro lado, es preciso destacar que la participación de varios de estos intelectuales en organizaciones denunciadas en la década de 1960 por sus vinculaciones supuestas o reales con la CIA, contribuyó a exacerbar tal percepción. Basta mencionar, en tal sentido, la participación de Sidney Hook, Elliot Cohen, William Phillips, Diana Trilling, entre otros, en el Comité Americano para la Libertad de la Cultura (fundado en 1949) y en el Congreso para la Libertad de la Cultura, entidades dedicadas a la defensa de la democracia, contra el totalitarismo y el comunismo. En 1967, salió a luz la información acerca de que el Congreso recibía apoyo y dinero de la CIA. El autor de la denuncia, Jason Epstein, escribió el artículo “The CIA and the intellectuals”, publicado en la *New York Review of Books*, en abril de 1967. El efecto de la revelación fue casi como el de una “bomba” para hacer trizas la imagen y la credibilidad política de estos intelectuales anticomunistas que se consideraban liberales. La denuncia fue rebatida por algunos de los intelectuales citados. Para más información sobre el asunto, véanse Diana Trilling (1977), y Wiliam Phillips (1983).

guraciones sociales que él estudia a través del prisma del modelo mencionado antes permiten aprehender, de manera renovada, un conjunto de fenómenos empíricos que, a primera vista, parecen adversos a una generalización conceptual más abarcadora. Entre ellos, las relaciones entre negros y blancos, entre judíos y no judíos, entre burgueses y aristócratas, entre grupos obreros idénticos según cualquier criterio morfológico (nivel de ingreso, de escolaridad, domicilio, ocupación profesional, etc.) y distintos en términos simbólicos.<sup>18</sup> En todas esas relaciones, sobre todo en las que de modo apresurado y equivocado son clasificadas como “étnicas”, lo que se verifica, según el análisis de Elias, es la existencia de niveles variados de interdependencia entre los grupos, expresados por una distribución desigual de poder y por procesos complejos de atribución de sentido que enredan a todos en un juego dilacerado por la afirmación de la superioridad de unos y la inferioridad de otros. En el caso de las relaciones entre los alemanes y los judíos alemanes a fines del siglo XIX, Elias muestra que el resentimiento de los primeros, los “establecidos”, en relación con los segundos, era resultado, en gran medida, del hecho de que éstos, los “outsiders”, habían comenzado a ocupar posiciones de poder y de prestigio consideradas hasta entonces como monopolio de los “establecidos”.

<sup>18</sup> Véase, en ese sentido, el libro de Norbert Elias y John Scotson (2000). No hay que olvidar que este libro actualiza una de las dimensiones analíticas presentes en la configuración “establecidos-outsiders”. A saber, aquella en que las posiciones sociales de cada uno de los grupos, por estar basadas en criterios morfológicos idénticos, se vuelven fijas en el plano de la repartición de poderes. Mientras que los recursos simbólicos de cada uno de los grupos se mantengan inalterados, la posición de poder de uno sobre el otro sigue siendo la misma. Esto no significa que el modelo no pueda aplicarse a grupos que, “outsiders” al comienzo, puedan llegar a ser establecidos o a amenazar la posición de los establecidos, como bien muestra Elias en otros trabajos, en particular en *Los alemanes* y en *Mozart: sociología de un genio*.

Al afirmarse en la economía y en la cultura, los judíos alemanes, vistos como un grupo socialmente inferior, amenazaban la autorrepresentación de partes significativas de los alemanes. Manifestado bajo la forma del resentimiento, ese sentimiento encuentra su contrapartida en la posición, también en cierto sentido “en falso”, de la sociedad alemana del siglo XIX. Como muestra Elias:

Hacia poco tiempo –sólo después de 1870– que la sociedad alemana dominante había pasado, ella misma, de un estatus relativamente bajo y a menudo humillante en relación con los estados nacionales europeos considerados establecidos, a una posición de poder relativamente elevada. Como consecuencia de ese hecho, la conciencia que tenía de su estatus y de su identidad era particularmente incierta y frágil, comparada con la de otras naciones más antiguas y unificadas desde hacía mucho tiempo. La minoría judía, que constituía un grupo marginal en el país, irritaba entonces especialmente a los grupos cristianos establecidos y provocaba una animosidad particular, porque los propios grupos establecidos, en virtud de su destino, se mostraban inquietos en cuanto a su estatus y su identidad. [...] Para plantear las cosas con más precisión, se podría decir: cuanto menos seguro se estaba de su estatus, más antisemita se era (Elias, 1991: 153-154).

Esta reflexión de Elias es particularmente sugestiva para plantear una hipótesis final sobre la situación de los intelectuales de Nueva York entre las décadas de 1930 y 1950, y para comprender el progresivo conservadurismo político de sus integrantes. Ellos, que en un primer momento ocupaban una posición de “outsiders” en relación con las élites dirigentes, blancas y protestantes, fueron mudando de lugar y volviéndose “establecidos” en el plano cultural y en lo que respecta a la autoridad intelectual en la década de 1950.

Una de las señales inequívocas de esa nueva condición es la proliferación de memorias y escritos de estos intelectuales acerca de ellos mismos. Parecería que junto a la marca que dejaron en sus respectivos campos de actuación, no hubieran ahorrado ni tiempo ni energía para volver a contar la historia del grupo, de modo de cerrar las grietas en la imagen que construyeron sobre sí mismos. La búsqueda del monopolio de la representación legítima y autorizada, recurrente en todos los círculos de intelectuales y artistas con algún relieve en la historia cultural, adquiere contornos específicos en el caso de los intelectuales de Nueva York. Si tomamos las diversas reflexiones que hicieron sobre sí mismos como expresiones condensadas de la autorrepresentación que quisieran ver preservada, quizá podamos descubrir nuevas pistas de análisis.

Veamos, en ese sentido, cómo uno de los más agudos integrantes del grupo, el crítico literario y profesor universitario Irving Howe, reflexiona sobre el cambio de estatus, de reconocimiento social y de posición de sus pares. Según su opinión, eso no implicó la producción de algún tipo de conexión con

[...] una clase estable de altos funcionarios públicos o con un segmento significativo de los ricos. Ellos no tenían conexiones en Washington. No modelaron los gustos oficiales o dominantes. Y no podían ejercer el tipo de control sobre la opinión cultural que el “establishment” londinense parece haber mantenido hasta hace poco tiempo. Críticos como Trilling y Kazin eran escuchados por personas del mundo editorial. Rosenberg y Greenberg por personas del mundo del arte, pero difícilmente podrían ser considerados algo tan formidable como un “establishment” (Howe, 1982: 266).

Si el término de comparación fuese el grupo de Bloomsbury,<sup>19</sup> como propone Irving Howe, por cierto tiene razón cuando afirma que los intelectuales neoyorquinos no alcanzaron el mismo grado de influencia y de proyección de que sí disfrutó el círculo inglés. Entre otras razones, porque los últimos provenían de una fracción dominante de la burguesía inglesa. Pero el hecho de que los orígenes sociales así como la proyección y la influencia de los dos círculos fueran diferentes, no nos debe impedir señalar algunas de las coincidencias estructurales observadas en la posición de ambos grupos. Mantenido las debidas proporciones, el círculo de intelectuales de Nueva York se volvió con el tiempo tanto o más establecido que el grupo de Bloomsbury. No porque sus miembros se hayan enriquecido, o hayan establecido conexiones formales con Washington o con las élites dirigentes, ni tampoco porque se concentraran solamente —lo que no era poco significativo en la década de 1950— en la crítica cultural, de arte o de literatura. Más bien porque llegaron a ser una élite cultural exactamente en el período en que su comunidad “étnica” de origen adquiría posiciones cada vez más sólidas en Nueva York, que poco tenían que ver con la situación de sus “parientes pobres” inmigrantes.

Para dar contornos más sólidos a la reciente afirmación, es necesario referirse a la situación profesional de los miembros más relevantes de *Partisan Review* en la década de 1950. Philip Rahv, agnóstico y marxista, ganó reconocimiento por sus intervenciones en la intersección de la cultura con la política, por su “olfato” para descubrir jóvenes escritores, por los numerosos ensayos que publicó y compiló sobre literatura rusa y norteamericana (en especial Dostoievski, Tolstoi y Henry James eran sus escritores predilectos).<sup>20</sup> Au-

<sup>19</sup> Para un análisis denso y provocativo de ese círculo, véase el artículo de Raymond Williams (1982: 148-169).

<sup>20</sup> Sobre este aspecto, cf. el ensayo memorativo que Mary McCarthy escribió sobre Rahv, algunos meses después de su muerte, para *New York Times Book Review*, el 17 de febrero de 1974.

todidacta, dominaba seis idiomas (ruso, inglés, alemán, francés, hebreo e yiddish) y era un crítico literario reputado cuando en 1958 fue invitado a ser profesor de literatura en Brandeis, un famoso *college* de Boston, conocido por su osadía intelectual e institucional, y por contratar a un número significativo de intelectuales judíos, nacidos en los Estados Unidos o refugiados provenientes de Europa, como Herbert Marcuse, por ejemplo.

En la época en que dio clases en Brandeis, Rahv estaba casado con Nathalie Swan, su segunda mujer oficial y tercera relación conyugal, contraída poco tiempo después de su separación de Mary McCarthy, que, como vimos, lo había dejado para casarse con Edmund Wilson. Nathalie había estudiado en Vassar en el mismo período que Mary, provenía de una familia rica y era arquitecta de profesión. En ella, Rahv encontraría “la perpetua Guggenheim”, según la fórmula precisa e irónica de otro miembro del círculo, William Barrett.<sup>21</sup>

Uno de los pocos no judíos del grupo, pero profundamente identificado con ellos, al punto de llamarse un “asimilado”,<sup>22</sup> Barrett se graduó en filosofía en el City College (integrado por una mayoría de estudiantes judíos), antes de partir a Europa a comienzos de la década de 1940, donde entraría en contacto con el existencialismo francés, del cual se volvería un especialista. Profesor de filosofía de la Universidad de Nueva York, amigo del poeta y escritor Delmore Schwartz (que también fue editor de *Partisan*) desde los tiempos en que

ambos asistían a algunos cursos de posgrado en la Universidad de Columbia, Barrett fue colega de departamento de Sidney Hook, la figura más polémica del círculo. Marxista convencido en los años de la Depresión, antiestalinista furioso en las décadas siguientes, ensayista brillante, graduado en filosofía en el City College, Hook fue profesor de filosofía de la Universidad de Nueva York, donde ingresó en 1931 y permaneció hasta jubilarse. Allí tuvo como alumno a William Phillips, cuando éste cursaba la maestría, después de graduarse en filosofía en el City College y antes de doctorarse en Columbia. Comprometido en sus primeros tiempos con la literatura proletaria y con el radicalismo de la década de 1930, Phillips, siempre en conjunto con Rahv, se distanció definitivamente de los comunistas cuando en 1937 lanzó la revista que los haría conocidos en la ciudad. Sus intereses intelectuales se concentraban en la crítica literaria y en el periodismo cultural.

Los críticos de arte de *Partisan Review*, Clement Greenberg y Meyer Schapiro, eran figuras destacadas en ese campo en la década de 1950. El primero tuvo una entrada resonante en la escena cultural neoyorquina, gracias al artículo “Avant-garde and kitsch”, publicado en 1939 en *Partisan Review*. Defensor intransigente del formalismo en el plano analítico y del expresionismo abstracto norteamericano, Greenberg fue el primer crítico en reconocer la importancia de Jackson Pollock (con lo que contribuyó a proyectarlo como el pintor norteamericano del momento) y en tratar a los artistas modernos de Nueva York como parte de una escuela colectiva.

Meyer Schapiro, por su parte, profesor de historia del arte en Columbia, donde ingresó, a los 16 años, gracias a que obtuvo dos becas de estudio (Pulitzer y Regents, respectivamente), se graduó en 1924 y se doctoró en 1928, el mismo año en que comenzó a enseñar historia del arte en esa institución. En 1952 pasó a ser profesor titular de Columbia,

<sup>21</sup> La observación de Barret se refiere a la prestigiosa y codiciada beca de estudios que la John Simon Guggenheim Memorial Foundation daba a intelectuales destacados en diversos campos del saber. Citada en Andrew Dvosin (1997: 103).

<sup>22</sup> Comentando su identificación con los judíos, William Barrett enfatiza que ésta comenzó de manera reflexiva y deliberada. En sus palabras, “I was pro-Jewish because the Jews seemed to me the people of the mind” (Barrett, 1982: 23).

especializado tanto en arte moderno como medieval. Reconocido por sus escritos, por su erudición, por su inspiración como profesor, sus clases tenían un público cautivo. En palabras de uno de sus alumnos, Marshall Berman, autor de *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, sus clases eran “como sexo, música o algunas pocas experiencias tan estimulantes: él nos mostraba la riqueza de existir [...] proyectaba una corriente impresionante de imágenes, modernas y medievales [...] hacía osados saltos al pasado, en culturas radicalmente diferentes, en distintas visiones del futuro” (Berman, 1996). Las observaciones apasionadas del ex alumno son contrapuestas, en un registro más irónico, por los comentarios de dos de sus contemporáneos en *Partisan*. Penetrante, Mary McCarthy hacía alarde de que él era “una boca en busca de un oído”. Rahv no se quedaba atrás y decía que tras una hora de conversación telefónica con Schapiro “se podía obtener un PhD” (Barrett, 1982: 53 y 69 respectivamente).

Al igual que Schapiro, Lionel Trilling también se graduó en Columbia, en 1925. Fue el primer judío en integrar un departamento de literatura inglesa en esa universidad y, en 1939, pasó a ser miembro estable del cuerpo docente. Con el ensayo como medio privilegiado de expresión, autor de estudios importantes sobre la relación entre literatura y psicoanálisis, Trilling –al contrario de Schapiro, que, según su ex alumno Berman, “nos sumergía en el arte que nos permitía ver la alegría y la belleza del mundo moderno”– “nos forzaba a leer la literatura moderna de manera tal que nos llevaba a pensar si todavía quedaba algo para vivir” (Berman, 1996). Especie de librepensador, fue, entre todos los integrantes del círculo de intelectuales neoyorquinos, el más resistente respecto de la atribución de la importancia de la cuestión judía en su trayectoria y formación.

En el polo opuesto se encontraba Alfred Kazin. Fue el primero en publicar un libro de

memorias dedicado al tema de su pasado de hijo de inmigrantes pobres judíos; fue también el primer miembro del grupo en encaminarse hacia el estudio de la formación de la tradición literaria norteamericana. *On native grounds*, su primer libro escrito en esa dirección, gracias a una beca de estudios que recibió de la Guggenheim Memorial Foundation, fue publicado en 1942 cuando él tenía 27 años. El menos políticamente comprometido del grupo, más interesado en la literatura que en la política, Kazin era un crítico literario de renombre en la década de 1950. Compartía esa posición con Lionel Trilling e Irving Howe.

En el caso de Howe, la conquista de un nombre propio se produjo, por un lado, por la militancia política; en 1950, tras colaborar en *Partisan Review*, donde había hecho su debut en 1946, creó *Dissent*, la revista más izquierdista del período. Por otro lado, por su intensa y fructífera actividad como autor de reseñas en la revista *Time*, donde trabajó cuatro años con dedicación parcial. Trotskista en su juventud, convocado para servir en el ejército norteamericano en la Segunda Guerra Howe fue enviado a Alaska en ese período. Durante los dos años que pasó allí, a cargo de tareas burocráticas, se dedicó a leer compulsivamente sobre los más diversos temas. Los libros eran aquellos que estaban disponibles en la biblioteca del campamento militar. Pero tuvo la fortuna de que ésta estuviera bien equipada, de modo que, entusiasmado por aprender e imposibilitado de especializarse en algún campo, leyó y aprendió mucho durante todo ese tiempo. En sus palabras, “por puro desinterés de la mente, ninguna de las universidades que conocí más tarde se equiparó a esos meses en Alaska” (Howe, 1982: 95). Viniendo de alguien como él, que enseñó en universidades del nivel de Stanford (entre otras), el comentario hace pensar. Formado como la mayoría de los judíos del círculo en el City College, donde se graduó en literatura inglesa en 1940, Howe debutó co-

mo profesor universitario en 1953, en Brandeis, donde también enseñaría Rahv, como vimos, a partir de 1958.

Dwight Macdonald, el único periodista profesional de grupo, proveniente, como ya se dijo, de una familia de clase media protestante y adinerada, estudió en colegios privados y se formó en Yale, una de las universidades de mayor prestigio de los Estados Unidos; integró el cuerpo de editores de *Partisan Review* hasta el año 1943, cuando abandonó la revista por desavenencias políticas con los demás editores, que defendían la entrada de los Estados Unidos en la guerra, para fundar *Politics*, que existió hasta 1949. Por último, hay que mencionar los nombres de Mary McCarthy, Elizabeth Hardwick, Diana Trilling y Hannah Arendt. Cada una a su manera y en sus respectivos campos de actuación —la primera como escritora, la última como filósofa y las otras dos como críticas literarias y ensayistas— ya habían conquistado, en la década de 1950, un nombre propio, independientemente de sus relaciones amorosas. Circulaban con autoridad en la escena cultural e intelectual de la ciudad y eran reconocidas como mujeres brillantes.

En esa década, ellos y ellas formaban una élite cultural que, a diferencia del grupo de Bloomsbury, no era sin embargo, como pretendía Irving Howe, menos “establecida”. La diferencia entre ambos círculos, que existe y debe ser considerada con seriedad, deviene del hecho de que los primeros, los neoyorquinos, vivieron al comienzo las aflicciones propias de la condición de “outsiders”, que se expresaba, como vimos, en sentimientos turbulentos y ambivalentes, en una mezcla de culpa, vergüenza y resentimiento por el origen y la situación social de sus progenitores. Padres y madres atrapados en la dura vida de

los obreros, sastres, costureros, pintores de pared, tintoreros, vendedores ambulantes, para quienes los hijos eran “el único fin de sus existencias”, en las palabras de Alfred Kazan (1951: 55), cuya infancia y adolescencia estuvo dominada por el pensamiento de que el mundo se dividía entre “los de adentro y los de afuera”. En la visión de Irving Howe (1982: 5), “el hogar significa privación”, y de allí sus dificultades para llevar a algún amigo no judío a que conociera su familia. “Me hubiera dado vergüenza presentarle a mis padres, así como presentarlo a mis padres.”

La situación que vivieron al comienzo era completamente distinta (y desconocida) de la de los integrantes del grupo inglés que, tan seguros de su condición social, podían permitirse libertades osadas en la época, como referirse a sí mismos por el primer nombre y no por el apellido, como era usual entre las élites inglesas. Además, es necesario enfatizar que los intelectuales judíos neoyorquinos alcanzaron la condición de “establecidos” en el momento en que la ciudad que daba sentido, dirección y salida a la producción (y a la sociabilidad) del grupo, se había convertido en la capital cultural contemporánea y en el centro de referencia de un país que, desde hacía ya mucho tiempo, había perdido el estatus de ex colonia para transformarse en la nación más “establecida” del mundo. Prisioneros de la condición de “establecidos” en una nación “establecida”, estos intelectuales, al mismo tiempo en que dejaban marcas indelebles en la cultura norteamericana, vivieron la ambivalencia resultante del intento de mantenerse críticos del totalitarismo y de afirmarse a veces como anticomunistas, otras como anti-anti-comunistas, en un país practicante del pluralismo cultural pero proclive a las lógicas duales en el dominio de la política. □

## Bibliografía

- Arruda, Maria Arminda do Nascimento (2001), *Metrópole e cultura: São Paulo no meio século XX*, Bauru, EDUSC.
- Barrett, William (1982), *The Truants: adventures among the intellectuals*, Garden City, Anchor Press.
- Bender, Thomas y Schorske, Carl (comps.) (1994), *Budapest and New York: studies in metropolitan transformations, 1870-1930*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- Bender, Thomas (1993), *Intellect and public life: essays on the social history of academic intellectuals in the United States*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- — (1987), *New York intellect: a history of intellectual life in New York city, from 1750 to the beginnings of our own time*, Nueva York, Knopf.
- Berman, Marshall (1996), "Meyer Schapiro: the presence of the subject", *New Politics*, vol. 5, N° 20, invierno.
- Bloom, Alexander (1986), *Prodigal sons: the New York intellectuals and their world*, Nueva York, Oxford University Press.
- Bourdieu, Pierre (1984), *Homo Academicus*, París, Minuit.
- Brightman, Carol (comp.) (1995), *Between friends: the correspondence of Hannah Arendt and Mary McCarthy, 1949-1975*, Nueva York, Harcourt Brace & Co.
- Brighthman, Carol (1992), *Writing dangerously: Mary McCarthy and her world*, Nueva York, Clarkson Potter.
- Bryer, Jackson (comp.) (1986), *Conversations with Lillian Hellman*, Jackson, University Press of Mississippi.
- Campos, Augusto de (comp.) (1982), *Pagu: vida e obra*, San Pablo, Brasiliense.
- Candido, Antonio (1945), "Depoimento", en Mário Neme (comp.), *Plataforma da nova geração*, Porto Alegre, Globo.
- — (1986), "Informe político", en Carlos Calil y Maria Tereza Machado (comps.), *Paulo Emílio: um intelectual na linha de frente*, San Pablo, Brasiliense/Embrafilme.
- Champion, Laurie (comp.) (2000), *American women writers, 1900-1945: a bio-bibliographical critical sourcebook*, Westport, Greenwood Press.
- Clark, T. J. (1986), *The painting of modern life: Paris in the art of Manet and his followers*, Princeton, Princeton University Press.
- Cooney, Terry (1986), *The rise of the New York Intellectuals: Partisan Review and its circle*, Madison, University of Wisconsin Press.
- Costa, Iná Camargo (2001), *Panorama Vermelho: ensaios sobre o teatro americano moderno*, San Pablo, Nankin Editorial.
- Dvosin, Andrew (1997), *Literature in a political world: the career and writing of Philip Rahv*, PhD. tesis, New York University.
- Elias, Norbert (1991), *Norbert Elias par lui-même*, París, Fayard.
- Elias, Norbert y Scotson, John (2000), *Os estabelecidos e os outsiders: sociologia das relações de poder a partir de uma pequena comunidade*, traducción de Vera Ribeiro, presentación y revisión técnica de Federico Neiburg, Río de Janeiro, Zahar.
- Gilbert, James (1992), *Writers and partisans: a history of literary radicalism in America*, Nueva York, Columbia University Press.
- Gluck, Mary (1985), *Georg Lukács and his generation, 1900-1918*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- Hardwick, Elizabeth (1982), *A view of my own: essays on literature and society*, Nueva York, Ecco Press.
- Hellmann, Lillian (1976), *Scoundrel time*, Boston, Little Brown.
- Hook, Sidney (1987), *Out of step: an unquiet life in the 20<sup>th</sup> century*, Nueva York, Harper & Row.
- Howe, Irving (1982), *A margin of hope: an intellectual autobiography*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich.
- — (1990), *Selected writing, 1950-90*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich.
- Jumonville, Neil (1991), *Critical crossing: the New York intellectuals in postwar America*, Berkeley, University of California Press.
- Kaul, Arthur (comp.) (1997), *American literary journalists, 1945-95*, Detroit, Gale Research.
- Kazin, Alfred (1951), *A walker in the city*, Nueva York, Grove Press.
- — (1965), *Starting out in the thirties*, Ithaca, Cornell University Press.
- — (1970) (1942). *On native grounds: an interpretation of modern American prose literature*, Nueva York, Harvest/HJB Book.
- — (1978), *New York Jew*, Nueva York, Knopf.
- Krupnick, Mark (1986), *Lionel Trilling and the fate of cultural criticism*, Evanston, Northwestern University Press.
- Laskin, David (2000), *Partisans: marriage, politics, and betrayal among the New York intellectuals*, Nueva York, Simon & Schuster.
- Macdonald, Dwight (1957), *Memoirs of a revolutionist: essays in political criticism*, Nueva York, Farrar & Straus.
- — (1962), *Against the America grain*, Nueva York, Random House.

- McCarthy, Mary (1992), *Intellectual memoirs: New York, 1936-1938*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich.
- — (1987), *How I grew*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich.
- — (1987) [1955], *Memórias de uma menina católica*, traducción de Heloisa Janh, San Pablo, Companhia das Letras.
- Mello e Souza, Gilda (1981-1984), “Depoimento”, *Língua e Literatura*, vols. 10-13, p. 135.
- Miceli, Sérgio (2003), *Nacional estrangeiro: história social e cultural do modernismo artístico em São Paulo*, San Pablo, Companhia das Letras.
- Phillips, William (1983), *A partisan view: five decades of the literary life*, Nueva York, Stein and Day.
- Phillips, William (comp.) (1985), *Partisan Review: the 50<sup>th</sup> anniversary edition*, Nueva York, Stein and Day.
- Pierpont, Claudia (2001), *Passionate minds: women rewriting the world*, Nueva York, Vintage Books.
- Pontes, Heloisa (1998), *Destinos mistos: os críticos do Grupo Clima em São Paulo, 1940-68*, San Pablo, Companhia das Letras.
- Rahv, Philip (1978), *Essays on literature and politics, 1932-1972* (ed. por Andrew Dvosin), Boston, Houghton Mifflin.
- Shatzky, Joel y Taub, Michael (comps.) (1999), *Contemporary Jewish American dramatists and poets: a bio-critical sourcebook*, Greenwood Press.
- Schorske, Carl (1988), *Viena Fin-de-Siècle: política e cultura*, traducción de Denise Bottmann, San Pablo, Companhia das Letras.
- Trilling, Diana (1977), *We must march my darlings: a critical decade*, Nueva York, Harcourt Brace.
- Wald, Alan (1987), *The New York Intellectuals: the rise and decline of the anti-Stalinist left from the 1930s to the 1980s*, Chape Hill, University of North Carolina.
- Williams, Raymond (1982), “The Bloomsbury Fraction”, en *Problems in Materialism and Culture*, Londres, Verso Editions.
- Wilson, Edmund (1986) [1940], *Rumo à estação Finlândia. Escritores e atores na história*, traducción de Paulo Henrique Britto, San Pablo, Companhia das Letras.
- — (1975), *Os anos 20: extraído dos cadernos e diários* (ed. por Leon Edel), traducción de Paulo Henrique Britto, San Pablo, Companhia das Letras.